



UNDECIMO MEDIO

ARTÍCULO I

La gravedad del pecado

QH pecador! toma en tus manos la santa imagen de tu Dios crucificado, y con los ojos bañados en lágrimas, fija tus miradas en este tierno objeto de dolor y de amor; y después responde á mis preguntas, dime: *¿De quién es esta imagen?*¹ *¿Quién es este que ves clavado en la cruz y muriendo en la infamia y el exceso de los sufrimientos?*

*Es aquel que teniendo la naturaleza de Dios no ha querido que fuese una usurpación de su parte igualarse á Dios;*² *aquel de quien el Padre celestial*

¹ Mat. 22. 20.

² Filip. 2. 6.

dijo: *Este es mi Hijo muy amado, en quien he puesto mis complacencias;*¹ *aquel á quien los ángeles desean contemplar más y más;*² *á quien toda potestad se ha dado en el cielo y en la tierra;*³ *que lleva escrito en su vestido y en su muslo: Rey de los reyes y Señor de los señores;*⁴ *que es el Hijo de Dios vivo,*⁵ *establecido por Dios, juez de vivos y muertos;*⁶ *á cuyo nombre se dobla toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los infiernos.*⁷

En una palabra: es aquel cuya naturaleza humana está unida hipostáticamente á la segunda Persona de la Trinidad adorable y que por esta unión es elevado al supremo grado de la santidad y adornado de todos los dones celestiales de la gracia; que es también, por una consecuencia necesaria de esta unión, absolutamente y de todas maneras impecable. Reunamos á la vez todo lo que el entendimiento humano, junto á la inteligencia misma de los ángeles, es capaz de concebir de excelencia y de majestad, de santidad, de hermosura y de sa-

¹ Mat. 17. 5.

² 1 Pedr. 1. 12.

³ Mat. 28. 18.

⁴ Apoc. 19. 10.

⁵ Mat. 16. 16.

⁶ Act. 10. 42.

⁷ Fil. 2. 10.

biduria; por muy sublime que sea la idea que se forme de todos esos dones, se percibirá apenas una sombra de la perfección incomprendible que adoramos en Jesucristo.

Entra ahora en tí mismo, ¡oh pecador! y llénate de temor reconociendo la gravedad de tus pecados. Este Dios tan grande, ante el cual *el universo entero no es más que un grano en la balanza;*¹ este Hombre-Dios, tan perfecto en santidad que la sombra de la más ligera falta no solamente no manchó jamás, sino que ni aun pudo aproximársele; este divino conjunto de todas las virtudes, de todas las virtudes y de todas las perfecciones, apenas tomó *la forma de esclavo*² y de pecador á fin de reparar el honor que nuestros pecados habían arrebatado á Dios, apenas se ofreció en rescate por nosotros, y se obligó á satisfacer en nuestro lugar á la justicia de Dios su Padre, cuando en el acto, ¡oh serafines, llenaos de admiración y que el asombro detenga en vuestros labios la voz de vuestro eterno cántico! cuando al punto, á causa de nuestros pecados y no de los suyos, deja de ser el objeto de las complacencias de su Padre y se hace el objeto *de la cólera y del furor del Dios*

¹ Sab. 11. 32.

² Filip. 2. 7.

*todopoderoso.*¹ En él estaban las únicas delicias de la Santísima Trinidad, y en el instante llega á hacerse maldición por nosotros;² y saliendo del seno mismo de la felicidad infinita, no es más que el blanco en el cual vienen á dar el desprecio, el anonadamiento y los sufrimientos, es *un hombre de dolores,*³ *el oprobio de los hombres y el desecho del pueblo.*⁴

No contento con tan gran expiación, el Padre celestial desencadena á todos los demonios del infierno para ejercer su ira contra este Hijo tan amable: arma todos los elementos de su propia indignación para tomar de él una cruel venganza. La omnipotencia da fuerza á la mano de los verdugos; la sabiduría, si es permitido decirlo, inventa nuevos géneros de suplicio; la justicia divina saca de su inagotable arsenal instrumentos de torturas hasta entonces inauditos. Se apremia la pasión sin descanso hasta que este inocente Cordero, fijado con tres clavos á la cruz, levantado entre el cielo y la tierra, colocado entre dos ladrones, debilitado por la dislocación de sus huesos y por la dilatación de sus nervios y

¹ Apoc. 19. 15.

² Gal. 3. 13.

³ Isai 55. 3.

⁴ Sal. 21. 7.

herido en todo su cuerpo, haya en fin dado, en el exceso de sus sufrimientos, su alma magnánima.

Aproximate aquí, ¡oh pecador! y mide la maldad del pecado por la muerte misma del Hijo de Dios. Considera quién es el que padece, lo que padece, de parte de quién y por qué razón padece. El que padece, es el Santo de los santos, es el Hombre-Dios. Lo que padece, es nada menos que un océano de tormentos y de dolores. De parte de quién padece, es de la de su Padre y del mejor de todos los padres. La razón de sus padecimientos, no son sus pecados, son los tuyos, ¡oh hombre! sí, los tuyos, tus propios crímenes. He aquí con qué medida puedes conocer la gravedad de la ofensa que has hecho á Dios.

Si para expiar un crimen cometido por uno de sus esclavos el hijo único de un poderoso monarca fuese condenado por orden de un padre lleno de ternura y de clemencia á ser desollado vivo, ó entregado al suplicio de la rueda ó partido en pedazos, pues que el caracter de un padre tan excelente rechazaría toda idea de que pudiese guiarse por la crueldad ó la tiranía, sería necesario deducir de esto que el crimen que es la causa del suplicio de su hijo debe ser un delito execrable y digno de todo su

odio. Ahora bien: nosotros vemos al Hijo único de Dios, al Cordero inmaculado, fijado con tres clavos á la cruz, en ejecución de las órdenes de su divino Padre, y morir en ese infame patíbulo, entre dos ladrones y con los más terribles dolores: pues bien, ó Dios es un tirano, pensamiento lleno de blasfemia, ó el pecado por el cual el Hijo de Dios expira en la cruz, es el más horrible y el más detestable de todos los males. ¡Oh pecador! ¡qué consecuencia! Mas ¿qué respuesta opondrás tú á esto? O Dios Padre es un tirano, ó el pecado es un desorden monstruoso y abominable.

¡Cielos, escuchad: y tú tierra, presta oído!¹ El Hombre-Dios padece tormentos incomprensibles; esos tormentos le son infligidos por su divino Padre, no á causa de sus pecados, porque *él no ha cometido jamás el pecado y nunca la mentira se ha encontrado en su boca;*² sino á causa de nuestros propios pecados, según el oráculo de Isaías: *El ha sido herido por vuestras iniquidades.*³ En una palabra: Dios muere en la cruz por el pecado. ¡Oh espectáculo capaz de hacer temblar el universo y á cuya vista el infierno mismo estremécese de horror!

¹ Isai. 1. 2.

² 1 Pedr., 2. 22.

³ Isai. 53. 5.

¡Dios muere en la cruz por el pecado!

¡Oh incomprensible maldad del pecado! si, la muerte de un Dios me da más justa idea de su gravedad que la eternidad de las penas del infierno. Cuando considero en el infierno á un réprobo, veo un hombre que sufre el castigo que han merecido sus crímenes: mas cuando considero á Jesucristo clavado en la cruz, veo á un Dios hecho anatema y maldición por mis pecados. Allá una criatura es desgraciada por sus propias iniquidades; aquí el Santo de los santos, el Hijo de Dios vivo, por la orden misma de la Santísima Trinidad, es la víctima de la cólera y de la venganza de Dios por los crímenes de un esclavo rebelde: porque *por nuestros crímenes ha sido crucificado.*¹ ¡Oh pecado! eres, pues, un mal enorme y execrable.

¡Oh pecador! fija tus miradas en el rostro de Cristo, tu² Salvador, sujeto con tres clavos á ese madero de dolor. ¡Mira! Dios muere en la cruz, muere por tus pecados; y lo que pone el colmo á tu crimen, es que tú le crucificas, que tú le das la muerte. ¿Lo dudas? Tú eres la causa y el autor de este terrible acontecimiento; tú has empapado tus manos impías en la sangre de un Dios, has des-

¹ Ibid.

² Sal. 85. 10.

garrado su carne por la flagelación, has clavado sus manos en la cruz; tú le has quitado la vida; en fin, tú eres culpable de su muerte.

Estas no son exageraciones, son palabras verdaderas en todo el teológico rigor, como es fácil demostrarlo. Veamos la prueba: El que es causa de la muerte de Jesucristo, es incontestablemente culpable de la muerte de Jesucristo. Porque, según el axioma: El motor ó principio de una cosa es á la vez la causa del efecto ulterior; así la mordedura de la serpiente es la causa de la muerte que se sigue, porque introduce la ponzoña que produce la muerte. De la misma manera, un cadáver podría ser mirado como causa de la peste, porque exhala los miasmas deletéreos que producen la peste. El cómplice que abre la puerta al que acecha la casa, que provee de armas para un homicidio, es realmente culpable de ese homicidio, puesto que es la causa de la acción de donde ha resultado el crimen. Por consiguiente, el pecador que es la causa de la muerte de Jesucristo es verdaderamente culpable de la muerte de Jesucristo.

Mas aquí, ¡oh pecador! escucha y tiembla. El que comete el pecado es la causa de la muerte de Jesucristo: él consuma un crimen por el cual el Hombre-Dios,

en ejecución de las órdenes de la Santísima Trinidad, fué clavado en la cruz. Porque, según la enseñanza de la fe, Jesucristo no solamente murió por el pecado de Adán, sino que padeció por los pecados de todos los hombres y de cada uno de ellos en particular. Esta doctrina no es solamente opinión unánime de todos los teólogos, sino que es un artículo de fe que el Espíritu Santo ha revelado al universo por boca del profeta Isaías: *El ha sido herido*, dice este profeta, *por nuestras iniquidades, y ha sido quebrantado por nuestros crímenes*. No solamente por el pecado de Adán, sino también por nuestros crímenes, el Señor *ha hecho caer sobre él la iniquidad de todos nosotros*,¹ y por consiguiente la mía. Si, ¡oh impúdico! el Cordero sin mancha *ha sido herido* por tu pecado impuro. *Ha sido quebrantado*, ¡oh hombre colérico! á causa de tus enemistades, de tus blasfemias y de tu soberbia. *El ha llevado en su cuerpo*,² ¡oh maldiciente! las penas debidas á tu orgullo, á tus maledicencias, á tus celos. Ha sido puesto en el número de los criminales,³ ¡oh hombre injusto! á causa de tus injusticias, de tus rapiñas, de tus robos y de tus fraudes.

¹ Isai 53. 5.

² 1 Pedro, 2. 24.

³ Isai. 63. 12.

Cuantas veces has pecado, has sido causa de la muerte de Jesucristo, has consumado un crimen por el cual ha sido clavado y muerto en la cruz. Por la muerte del Hijo de Dios, has sido real y verdaderamente el culpable de un deicidio. ¡Tú oyes esta terrible verdad y no detestas el pecado! La crees, ¡y la violencia del dolor no te quebranta el corazón! ¡Ah! ignoro lo que debe indignaros más, si la gravedad de la ofensa ó la dureza del pecador que la ha cometido.

¡Oh cielos! *temblad de espanto, llorad, puertas del cielo, y estad inconsolables.* El Hijo de Dios, por orden de su Padre, muere en la cruz por los pecados de los hombres, y nosotros no lloramos... al contrario continuamos nuestros pecados. ¡Ah pecador! escucha y tiembla: Dios muere en la cruz, muere por tu pecado; él muere y tú eres quien le crucifica. ¡Y lo ves y tus ojos no se deshacen en llanto! A este espectáculo, el sol se obscurece, las piedras se quebrantan, la tierra tiembla, todos los elementos se trastornan, la naturaleza entera estremécese de horror; tú sólo, ¡oh pecador! pareces insensible. Los sepulcros se abren, el velo del templo se desgarran, los gentiles se vuelven golpeándose el pecho: sólo tú, hombre y cristiano, no sientes

¹ Jerem. 2. 12.

ninguna emoción ¡qué digo! te atreves á renovar la cruel pasión de tu Dios, recayendo en tus pecados *y crucificando de nuevo en tí mismo al Hijo de Dios y tratándole con ignominia.*¹

¡Desgraciado! ¡cuánto llorarías tu imprudencia si tu padre ó tu hermano hubiesen sucumbido bajo los golpes que tú les hubieras dado sin quererlo ni saberlo! Y bien, tu Jesús está muerto, clavado en una cruz por tu maldad y por tus pecados, y no concibes ninguna pena; y todavía le haces morir por nuevos pecados. ¡Ah cruel! ¿osarías, sin causa, y sin que te hubiese hecho ningún mal, enfurecerte contra un animal que encontrases muerto en tu camino? ¿Te atreverías á maltratar su cuerpo tendido en tierra? ¡Ay! lo que no harías con un bruto, no temes hacerlo con tu Salvador. El murió en otro tiempo por tus crímenes, y tú traspasas aún su corazón paternal con una lanza cruel siempre que vuelves á tus pecados.

Eres más duro que la piedra, y peor que el demonio; no eres hombre si tal recuerdo no excita tus lágrimas y tus gemidos.

¡Ah! corred en fin, ¡lágrimas mías! que mis sollozos resuenen, que la aflicción más profunda aflija mi corazón, para que

¹ Heb. 6. 6.

llore como debo y cuanto puedo por la muerte de mi Salvador, incomparablemente más que por ningún otro motivo, la gravedad de mis pecados. ¡Oh Jesús crucificado! permitid que me arroje á vuestros pies y que os manifieste mi dolor por mis lágrimas: haced que, lleno de horror en vista de la grande malicia del pecado, mi voz sea sofocada por mis sollozos, y que cese antes de vivir que de arrepentirme y llorar.

ARTÍCULO II

Ingratitud del pecador que ofende á Dios

*Levantad los ojos y ved,¹ y aprende-
réis á pesar al pie de la cruz toda la
enormidad y la ingratitud del pecador.
Ved, os digo, á Jesús á quien habéis cru-
cificado.² Escuchad las palabras que es-
te Dios clavado en la cruz os dirige con
voz moribunda: Pueblo mio, alma cris-
tiana, ¿qué te he hecho yo? ¿en qué te
contristé? Responde.³ Si, responde: ¿Qué
injusticia has encontrado en mi pa-
ra que de mí te hayas alejado y ha-
yas corrido tras de la vanidad?⁴ ¿Qué
bien he debido hacerte que no te haya*

¹ Gem. 13. 14

² Act. 2. 3.

³ Mic. 6. 3.

⁴ Jerem. 2. 5.

*hecho?¹ Por tu amor, me he entrega-
do á la muerte.² Por ti he sufrido el
oprobio, la confusión ha cubierto mi ros-
tro.³ Para rescatarte de la muerte,⁴ me
he hecho miserable,⁵ pobre, indigente,⁶
un objeto de desprecio y el último de
los hombres⁷; un gusano y no un hom-
bre.⁸ En una palabra, me he abatido
más que el animal estúpido y hasta la
nada.⁹ He sido flagelado,¹⁰ y herido por
tus iniquidades, y he sido puesto en el
número de los criminales, á fin de cu-
rarte con mis heridas.¹¹*

*Mis verdugos añadieron á mis heridas
nuevos dolores, me dieron hiel por ali-
mento y en mi sed me ofrecieron vina-
gre por bebida;¹² repartieron entre sí
mis vestidos, traspasaron mis manos y
mis pies y me insultaron,¹³ hicieron re-
caer sobre mí sus injurias y ultrajes.¹⁴
He padecido todo esto por ti,¹⁵ ¡oh hom-*

¹ Isaf. 5. 4.

² Isaf. 55. 12.

³ Ps. 6. 8.

⁴ Ose. 13. 14.

⁵ Sal. 37. 7.

⁶ Sal. 69. 6.

⁷ Isaf. 43. 3.

⁸ Sal. 21. 7.

⁹ Sal. 72. 20.

¹⁰ Sal. 72. 14.

¹¹ Isaf. 53. 5 y 12.

¹² Sal. 68. 27.

¹³ Sal. 21. 8.

¹⁴ Sal. 68. 10.

¹⁵ Sal. 68. 8.

bre! porque tu alma ha sido preciosa á mis ojos;¹ he padecido por tí, por salvar tu alma,² por tí, en fin, porque te he amado el primero.³ ¿Por cuál pues, de estos beneficios me has ofendido? Respóndeme.⁴

¿Es así como manifiestas tu reconocimiento al Señor, pueblo estúpido, insensato, hombre pecador? ¿No soy yo tu Padre, el que te ha poseído y te ha criado? ¿No te he guardado como la niña de mis ojos? ¿No te he tomado y llevado sobre mis hombros? Y, no obstante, ¡oh generación mala y perversa! no obstante, has dejado al Dios que te dió el ser, y has olvidado al Dios tu criador.⁵

¡Cielos, escuchad! yo he alimentado hijos, los he criado, y ellos me han despreciado.⁶ Yo he alimentado á mi hijo muy amado, le he fortalecido con mis sacramentos, le he nutrido abundantemente con mis gracias, le he enriquecido con mis dones espirituales; mas, ¡oh ingratitud abominable! yo le he alimentado, y él se me ha rebelado; yo le he nutrido en la abundancia y él ha abandonado á Dios su Criador; yo le he

¹ 1. Reyes, 26. 21.

² Gen 19. 19.

³ 1 Juan, 4. 10.

⁴ Mig. 6. 3.

⁵ Deut 32. 6

⁶ Isaf. 1. 2

enriquecido, y él se ha alejado del Dios su Salvador;¹ ha levantado la mano contra Dios, y se ha rebelado contra el Todopoderoso.²

El me ha arrojado sin motivo. Me ha ultrajado por un poco de cebada y un pedazo de pan,³ por un plato de lentejas,⁴ por gustar un panal de miel;⁵ me ha desconocido en el mismo instante en que le llevaba contra mi seno, como una nodriza lleva á su hijo;⁶ en el momento en que le alimentaba y cuidaba⁷ él me ha dejado, despreciando audazmente mi majestad divina: porque este hijo á quien he amado ha llegado al exceso de locura de cometer el crimen riendo:⁸ él, que sin embargo no es más que una hoja que el viento arrebató, un ligero vapor que se desvanece en un instante.⁹ ¡Oh vergüenza de un corazón ingrato que se hace por este inconcebible desorden inferior aun á los brutos! No obstante, no llegamos todavía al último término de la ingratitud del ser humano.

¡Oh hombre! yo te he formado un

¹ Deut. 32. 15.

² Job 15. 25.

³ Ezeq. 13. 19.

⁴ Gen 25. 33.

⁵ 1 Reyes, 15. 55.

⁶ Num 11. 12.

⁷ Isaf 1. 2.

⁸ Prov. 10. 23.

⁹ Isaf. 49. 17.

cuerpo,¹ he fabricado tus oídos² he alumbrado tus ojos y te he dado la salud y la vida,³ y tú me has arrojado detrás de tí,⁴ has abusado de tus sentidos y de todos mis dones para ofenderme. Yo te escogi para que estuvieras en mi servicio,⁵ para que observaras mis preceptos y mis juicios, para que fueras fiel y los cumplieras con todo tu corazón y con toda tu alma.⁶ Mas tú has quebrantado mi yugo y has roto mis lazos, y has dicho: "No serviré."⁷ ¡Qué digo! me has hecho servir á tus pecados y me has oprimido de tristeza por tus iniquidades.⁸

En fin, yo te he amado con una caridad eterna:⁹ me he acordado siempre de tí¹⁰ para hacerte bien.¹¹ Y tú me has olvidado por innumerables días:¹² has hecho el mal delante de mí:¹³ me has vuelto mal por bien y el odio por mi amor.¹⁴ He aquí lo que has hecho; y yo

¹ Hebr. 10. 5.

² Sal 39 8.

³ Ecl 34 20.

⁴ Ezeq. 25. 35

⁵ Josué, 14. 22.

⁶ Deut 16 16

⁷ Jerem 2. 20.

⁸ Isaf. 43 24.

⁹ Jerem 31. 3.

¹⁰ P. 113. 12.

¹¹ Zac. 8. 15.

¹² Jerem 2 32.

¹³ 1 Reyes, 15. 19.

¹⁴ Sal. 108. 5.

he callado;¹ he disimulado tus pecados para esperarte en la penitencia:² he esperado muchos meses y muchos años á que hicieses obras de justicia, y tú no has hecho más que la iniquidad;³ y la has multiplicado todos los días por el número de cabellos de tu cabeza,⁴ has bebido la iniquidad como el agua.⁵ Cuando obrabas de esa manera, yo he dicho: "Vuelve á mí, alma á quien amo" y tú no has vuelto; por el contrario, te has hecho semejante á esas mujeres atrevidas que no saben ruborizarse.⁶ En una palabra: todos tus huesos se han envejecido y corrompido en el fango de tus pecados. Confiesa ahora tu ingratitud, sobre todo si la aprecias por la medida de la cruz; ¿no supera á la ingratitud misma de los demonios?

Mas, *comprende y mira cuán duro y amargo es haber abandonado al Señor tu Dios* y haber ofendido á la soberana bondad de mi divina esencia, mi ternura, mi amor sin límites, mi inclinación más que paternal para hacerte por todas partes y continuamente el bien. *Vuelve, pues, á mí y yo te recibiré: invócame á*

¹ Sal 49 21.

² Zag 11 24.

³ Isaf 5. 5. 27.

⁴ Sal 39 13.

⁵ Job. 15. 16.

⁶ Jerem 3. 3.

⁷ Jerem. 2. 19.

*lo menos ahora, y dime: Padre mío,*¹ junta tus lágrimas á mi sangre, y en el reconocimiento de tu corazón, paga mi dolor con tu amor y mis beneficios con tus gemidos.

Habéis vencido, ¡oh amor crucificado! habéis vencido: he aquí un culpable que confiesa sus faltas. Soy más ingrato que los animales, pues ellos no os han ofendido: soy peor que los demonios, á los cuales no habéis concedido tan grandes ni tan numerosos beneficios como á mí. ¡Ah! ¡me avergüenzo de mí mismo! ¡me ruborizo de mi ingratitud! ¿Qué hice yo cuando pequé? Siervo indócil, he sacudido vuestro yugo, un yugo tan suave; esclavo rebelde, he arrojado vuestra carga, una carga tan ligera; hijo pródigo y desnaturalizado, he cometido la imprudencia de dejaros, á vos mi Padre, mi único bienhechor; he abusado de vuestros beneficios para ofenderos y me he atrevido á llevar mi maldad al igual de vuestra clemencia. Mas ya me arrepiento, reconozco mi ingratitud. Confío en vuestra bondad y no atreviéndome á comparecer en el tribunal de vuestra justicia, recurro al trono de vuestra misericordia. ¡Perdonadme, y tened compasión de mí!...

Jerem. 3. 4.

ARTÍCULO III

Excelencia y majestad del Dios ofendido.

Ningún otro espectáculo, en fin, como el de Jesucristo clavado en la cruz, nos da tan gran idea de Dios ultrajado por nuestros pecados. Al verle comprendemos que esta soberana grandeza no ha podido ser aplacada más que por una Hostia divina, por la muerte de un Dios. Imaginémos que el solemne *silencio* de que fué testigo en sus revelaciones el discípulo amado acaba de renovarse *en el cielo*¹; que los ángeles han interrumpido un instante su eterno cántico, que todos los habitantes de la ciudad celestial se han prosternado humildemente delante del trono de la divina justicia, deseando ofrecer, por un solo pecado de un hombre, una satisfacción suficiente: que, á fin de pagar por este único pecado una justa compensación, los ángeles ofrecen al Ser divino su amor; los patriarcas su fe, los profetas su valor; los apóstoles sus predicaciones; los mártires su sangre: las vírgenes su pureza; los pontífices su celo; los confesores sus penitencias; la Santísima Madre de Dios su santidad incomparable. Imaginémos

¹ Apoc. 8. 1.